

LA BELLEZA DEL SEÑOR

*«Una cosa he pedido al Señor, y esta buscaré:
que pueda habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida,
para contemplar la hermosura del Señor y meditar en su templo».*

Contenido

<i>PARTE 1 — Dios y Hombre</i>	<i>Págs. 2</i>
<i>PARTE 2 — Su corazón y Sus atributos</i>	<i>8</i>
<i>PARTE 3 — Milagros de nuestro Señor</i>	<i>13</i>
<i>PARTE 4 — Consideraciones sobre el Evangelio de Juan</i>	<i>17</i>
<i>PARTE 5 — El amor del Padre al Hijo</i>	<i>24</i>
<i>NOTA — Consideraciones sobre Marcos 13:32</i>	<i>29</i>

LA BELLEZA DEL SEÑOR

PARTE 1. Dios y Hombre

Es dulce contemplar la PERSONA de nuestro Señor. Cualquiera que sea el ministerio que se requiera, esto siempre es bienvenido; es, en verdad, lo mejor de lo mejor. Una firme convicción se apodera del corazón y llena los afectos de tal manera que, mientras nos ocupamos de aquello que siempre estará más allá de nuestra comprensión, al mismo tiempo nos atrae la santa belleza de lo espiritual, para que podamos deleitar nuestras almas con las preciosas cosas del cielo en un Hombre. «Comed, amigos; bebed, sí, sumergid abundantemente, amados». Hay alturas y profundidades insondables; todo lo que se puede decir de Dios el Eterno, pero con toda la rica variedad de rasgos propios del hombre en incorruptible belleza: «El Hombre Jesucristo».

Pero puede decirse que el hombre es un misterio para sí mismo. Y esto es cierto, pues con toda su maravillosa capacidad, deseos y actividades de gran alcance, vive en una casa de barro, un recipiente hecho de polvo, que no puede elevarse por encima de la tierra de la que forma parte. Moral y espiritualmente capacitado para elevarse y responder a los pensamientos más profundos de Dios, pero conectado por su cuerpo a la creación que se encuentra debajo de él, el hombre es, en verdad, una maravillosa obra de la creación divina. Como dijo el poeta: «¡Oh, qué milagro es el hombre para el hombre!».

La comparación debe convertirse en contraste cuando llegamos a la Persona de nuestro Señor Jesucristo. Incluso en su humanidad, Él es único, y se erige como un Hombre de un orden distinto al de Adán. Es una Persona eterna; toda criatura recibe el ser de Él y es sostenida por Él en cada instante. La humanidad en nuestro Señor fue un acto propio; mediante ese acto, una Persona eterna asumió una nueva condición y, por ello, una nueva posición. Nosotros comenzamos a ser, Él eligió ser; nuestro nacimiento se produce por los medios ordinarios que Dios ha dispuesto, el suyo fue un camino propio. Un Ser así no podría tener genealogía; carece de principio y fin. Sin embargo, al hacerse hombre, posee genealogía, que se remonta primero a los ancestros del pueblo elegido y luego, más allá de todos, hasta Adán. Compárese el comienzo de Mateo con el de Lucas.

Resulta interesante e instructivo comparar el comienzo de Juan, e incluso el de Marcos, con este. Las omisiones en Juan se deben a que Él es Dios; en Marcos, a que es un Siervo. Juan comienza con la gloria de la divinidad; Marcos, con el servicio. Ambos pasan por alto la genealogía y el nacimiento milagroso: ni Belén, ni Reyes Magos, ni infancia, ni sometimiento a los padres, ni aumento de

sabiduría ni de estatura. En Juan se habla mucho de la divinidad, la gloria divina, el esplendor iluminador y la soberanía del poder; pero Marcos se apresura a presentar al Siervo. Incluso aquí hay una diferencia, pues Marcos, junto con los otros dos sinópticos, relata la transfiguración que Juan omite. Este último lo muestra como el centro y fuente de gloria intrínseca, a quien nada se le puede añadir; pero Marcos muestra la gloriosa respuesta dada al Siervo de Jehová: aquel que debe ser exaltado, ensalzado y glorificado (Isaías 52:73). Mientras que Mateo y Lucas describen las circunstancias humanas terrenales, cada uno desde su propia perspectiva respecto al nacimiento de nuestro Señor y los agentes providenciales que entraron en acción para cumplir la palabra profética, Juan vincula la Encarnación, al igual que Pablo (véase Hebreos 10), con un propósito eterno y muestra la actividad de la Deidad en el mundo eterno.

Todo esto se encuentra en perfecto orden moral, y tras los instrumentos humanos se halla la sabia y hábil guía del Espíritu Santo. En los querubines místicos se destaca esta cuádruple distinción, así como en los ingredientes que componían el santo incienso. El hermoso significado de este número se aprecia en el primero de ellos, junto con la abundante enseñanza simbólica, y las mentes piadosas, a lo largo de los siglos, los han relacionado de una u otra manera con la cuádruple presentación del Señor en los Evangelios. Que cada uno de ellos fue concebido como una representación simbólica de Él, no cabe duda.

En el trono de Jehová, descrito con un grado de detalle inusual por el profeta Ezequiel (Ezequiel 1), todo está teñido por los rasgos característicos de un Hombre, combinados con lo intrínsecamente santo y divino. Está la velocidad vertiginosa que acompaña tanto a las ruedas como a las alas, con la visión infalible de la omnisciencia divina, visible en los ojos, tanto internos como externos: todo lo cual parece denotar la inteligencia perfecta, unida a la rapidez del juicio discernidor, que procede de ese trono. Entonces se aprecia el carácter ejecutivo pleno del trono bajo la semejanza de criaturas resplandecientes, cuyo aspecto era como brasas ardientes, semejantes a lámparas de las que emanaban relámpagos, pero sobre todo predominaban los rasgos de un Hombre.

Esta maravillosa descripción del trono de la divina Majestad en plena función ejecutiva se fundamenta en las cuatro cabezas de la creación: hombre, león, buey y águila, mostrando claramente al hombre en preeminencia. Del medio del fuego surgieron «las semejanzas», de cuatro criaturas vivientes. Y esta era su apariencia: tenían la semejanza de un hombre. Cada uno de ellos tenía cuatro rostros: un hombre, un león, un buey y un águila, con ciertos rasgos peculiares de cada criatura, pero todos se caracterizaban por tener la apariencia de un hombre. El rostro del hombre habla aquí de inteligencia y discernimiento espiritual, con una sabiduría y un conocimiento capaces de aprovechar la gran fuerza del león, los pasos pesados del buey sobre la tierra y la rapidez de la altura y el vuelo del águila, como si surcara los cielos. Como confirmación de todo esto, el trono, que parece descansar sobre esta compleja estructura (véase 1 Reyes 7:23-25), está ocupado por un HOMBRE. Sin pretender detallar esta maravillosa

visión tal como Dios se ha dignado presentarla ante nosotros, podemos afirmar que es una representación de la gloria de Dios en sus atributos, tal como se expresa en el Hijo Encarnado. El hombre, cuya forma es el prototipo rector en la visión, ha sido creado en relación con el desarrollo del gran plan de los designios eternos de Dios, que anticipaba el gran misterio de la Encarnación del Hijo. Esta cuádruple representación de la creación, representada en sus cabezas, como un hombre, conduce, en los cuatro Evangelios, a la maravillosa expresión de todo lo que Dios es en sus atributos esenciales, en el Hombre Jesucristo.

En cuanto a los diversos elementos que formaban el santo incienso, ninguno pertenecía a Palestina. Aquí también había cuatro (Éxodo 30:34-38), y ninguno crecía en la tierra. Todos eran exóticos para Canaán y expresaban la gloria típica del Señor Jesús en la combinación de santas excelencias en su Persona. Él, que creció como un tierno retoño en tierra seca, trajo del cielo todas las preciosas características morales y virtudes que lo distinguieron en ese camino de gloria. Cada rasgo encajaba con los demás de una manera tan inimitable, para satisfacer a la perfección los deseos del amor infinito. Una vida así, en su verdadera proporción, no podría ser escrita, comprendida ni apreciada sin el Espíritu Santo, el verdadero Perfumista. Esto es lo que los cuatro Evangelios presentan. Él nos es inmenso; el tiempo no lo ha empañado; los enemigos no lo han manchado, y los amigos jamás podrán comprenderlo. Ha producido un sinfín de alabanzas al oído de Dios Padre, y su infinita gloria sólo Él la conoce.

Sin duda, este es un estudio del corazón; incomprensible, pero sumamente cautivador, pues «sólo el Padre puede comprender ese bendito Nombre de Hijo». ¿Pero quién no lo desearía así? Si pudiéramos comprenderlo, lo perderíamos, pues Él es «Dios sobre todas las cosas». De todas las glorias que le pertenecen al haberse encarnado, glorias en las que participaremos al reconocerlo, no hay ninguna ante la cual nos deleitemos más que el hecho de que, más allá de todo lo que conocemos o podremos conocer, esa obra artística y estas dulces especias hablan de Él de una manera que siempre permanecerá más allá de nuestra comprensión. Él es ahora, y siempre será, bien conocido por nosotros en la santa intimidad de una nueva relación que nos pertenece como fruto de designios eternos, en la adoración que Dios sea el eterno deleite de nuestras almas; sin embargo, en esa misma intimidad de deleite, permanecerá una distancia, infinita y eterna, entre todo lo que podemos conocer y lo que Él es, propia y esencialmente, conocido sólo por Dios.

Es la suma de gracias y virtudes, en tan santa combinación, la que cautiva al alma con reverencia y adoración; deseamos meditar en ella con un corazón inquisitivo y santa sumisión, como dice el Salmo 27:4: «Una cosa he pedido al Señor, y esta buscaré: que pueda habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y meditar en su templo».

Un Rey en regio esplendor (Mateo 17:1-8), pero el más accesible de todos los hombres; un Comandante (Isaías 55:4), pero un siervo (Filipenses 2:7). Vino a reinar, pero vive la vida de un Siervo. Un Extranjero sin hogar, pero...

distribuyendo abundantemente a todos. Los elementos de pobreza y riqueza se encuentran y se suspenden del mismo punto de apoyo que la obediencia y el dominio universal. Él es dependiente, pero supremo; sujeto, pero subordinado; sumiso, pero controlador de todas las cosas. Es esto lo que confiere un encanto tan santo e imponente a estos preciosos Evangelios. Observen cómo todos estos elementos del carácter se combinan en la secuencia moral adecuada: cada uno encaja con el otro de tal manera que nada predomina ni eclipsa al resto. Si Él ordena, es apropiado: «Tráiganmelos». «Hagan que los hombres se sienten sobre la hierba». Si Él obedece, es lo mismo: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra». Si está entre los pobres, sus acciones se ajustan a las circunstancias: «No los enviaré en ayunas, no sea que desfallezcan por el camino» (Mateo 15:32). Si está entre los ricos, es lo mismo (Marcos 10:21). Fue con los líderes religiosos donde se produjo el mayor conflicto. Esto se observa en las grandes controversias de Jerusalén. «¿Quién de vosotros me convence de pecado?» «Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba» «Vosotros sois de vuestro padre el diablo y los deseos de vuestro padre queréis hacer» (Jn.8:44).

Tocando la vida en toda su compleja maquinaria de obligaciones, ya sea en aldea, pueblo o ciudad, pero de tal manera que todo estuviera en perfecto orden. Nada alarmante, prodigioso ni desequilibrado; todo se hacía con la medida de un Hombre y las cosas comunes de la vida se tornaban doradas con el color del cielo. Después de su gran sermón del reino, un leproso lo recibe al pie de la montaña, el siervo del centurión en el pueblo con el mensaje y la madre de la esposa de Pedro en su casa con la enfermedad. Todos son atendidos en relación con sus necesidades por la palabra de Emanuel; su poder es ilimitado, abarcando los ámbitos físico, moral y espiritual. Está al servicio de todos y nadie queda excluido. Conoce el pasado y hasta el futuro eterno, y todo influye en el presente, y con profunda compasión pudo decir: «Venid a Mí». Reflexionad un momento sobre estas palabras de Mateo 11:28. Ninguna criatura podría decir: «Venid a Mí». ...y descanso. Estas expresiones pertenecen a una clase de textos que, indirectamente, prueban su divinidad. Hombres de carácter y capacidad excepcionales, como Abraham, Moisés o David, podían ofrecer consejo y ayuda en momentos de necesidad: sólo uno podía decir: «Venid a Mí». La criatura brilla con todo su esplendor al llamar la atención sobre Él, pero ser el centro y objeto de todo es prerrogativa y gloria de Dios. De sí mismo, el Bautista podía decir: «yo soy una voz», pero en su mensaje: «He aquí el Cordero de Dios». Y también: «Es necesario que Él crezca, y que yo disminuya».

Consideremos otro de estos maravillosos pasajes bíblicos: «Creéis en Dios, creed también en mí». ¿Acaso no sería esto una blasfemia en los labios de cualquier criatura? O también: «Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis tener la vida eterna; y ellas son mis testigos». Todo esto se presenta de la manera más sencilla, sin emoción ni distracción. Veamos entonces cómo se manifiesta al presentar sus exigencias a los hombres. Lo hace de la manera más maravillosa, para presentarse ante el padre y la madre, y sin la más mínima palabra que pudiera indicar presunción. Él afirma sus derechos divinos. ¿Qué podría superar

en belleza la reciprocidad mutua de afecto, y el orden divinamente establecido de autoridad y subordinación, en un hogar bien ordenado? Se dice que la obediencia a los padres es el primer mandamiento con promesa. Las demandas de Dios deben venir primero y Dios, quien estableció estos mandamientos, está aquí (compare Lucas 14:26 con Gén.12:1). Las Escrituras dan testimonio de Él de muchas maneras, como, por ejemplo, en la gloria pre-encarnada Él es Creador, Sustentador y Gobernador moral de todo, y en su Humanidad glorificada Él es Señor, Cabeza y Sacerdote. Quienquiera que pudiera decir en relación con las Sagradas Escrituras: "Habéis oído que se dijo. Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: no resistáis al que es malo, sino a cualquiera que te golpee en la mejilla derecha, vuélvele también la otra", etc. Pero Él es el Autor de las Escrituras. Véase a este respecto una declaración tremendamente importante en Marcos 13:31: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».

¿Cómo es posible, a la luz de todo esto, permanecer impasibles cuando se ataca la gloria de nuestro adorable Señor? ¿Podemos permitir que los hombres desperdicien la verdad, sean quienes sean? Las negaciones sin duda deberían despertar sorpresa y al menos ponernos en guardia, y esto las caracteriza a todas: «Mirad que nadie os engañe con filosofías y vanas sutilezas». Y de nuevo: «¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os ha embrujado?». ¿Acaso no están los ladrones y asaltantes de Juan 10 a nuestro alrededor hoy en día? Un ladrón toma lo que no es suyo; un asaltante deja a otros sin lo que les pertenece. El diablo nunca está más... Más diabólico que robar a los santos con falsa piedad. Las Sagradas Escrituras pertenecen a la Iglesia, compuesta por todos los creyentes. Ningún simple profesor tiene derecho, sea cual sea su posición, a tocar ese Libro bendito. Un hombre con alta pretensión nos ofrece una traducción de la Biblia que se esfuerza diligentemente por robarnos la parte más valiosa de la revelación divina. De hecho, puede intentar arrebatararnos la Persona y la obra de nuestro Señor. ¿Qué puede hacer quien siente que le debe todo a ese bendito Salvador? ¿Acaso no podemos, con santa indignación, volvernos y decir: «¡Traidor, fuera!»? Pero ¡ay!, incluso entre los que están siendo robados, ¡esto no se considera cortés!

Tomemos de nuevo el unitarismo y sus sectas afines. ¿Dónde en toda la tierra se puede encontrar algo tan estúpido y absurdo? La credulidad de los incrédulos es, sin duda, digna de estudio. Hablar de nuestro Señor como un buen hombre e intentar robarnos su divinidad, como hacen estas personas, demuestra no sólo una asombrosa falta de juicio, sino ser cegados por el diablo. Los judíos apóstatas fueron más consistentes. Para ellos no había nada entre que Él fuera Dios y un simple blasfemo. El remanente creyente lo reconoció como Dios, pero la masa incrédula lo condenó a muerte como blasfemo. Al elogiarlo como un buen hombre, la cristiandad apóstata busca interponerse y, al hacerlo, corta el terreno desde el principio bajo sus propios pies.

Al adentrarnos en la profundidad de su servicio, observamos una marcada diferencia entre el testimonio hablado de nuestro Señor y sus obras. Estas últimas fueron la aplicación benévola de su poder en la vida del hombre sobre la

tierra, con el fin de promover su testimonio hablado. Sus poderosas obras fueron públicas y apelaron a la razón humana, pero su enseñanza era aquella que sólo la fe podía comprender. Liberó a los hombres de las debilidades y defectos que les aquejaban como consecuencia del pecado, pero los trató en su alma, en una nueva vida con el cielo y las cosas celestiales en conexión inmediata. Con la cruz ante sí y el propósito de Dios, estaba formando una comunidad para asociarse con Él en el cielo, en toda la bienaventurada gama de las cosas celestiales en la nueva creación. Sus poderosas obras en el ámbito de la naturaleza fueron, en este sentido, un testimonio de su sabiduría, poder y gloria. Abrió los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos, sanó al leproso y resucitó al paralítico, y luego resucitó a los muertos. Todo esto podía ser considerado por la razón humana, pero en su enseñanza la esfera de la fe era claramente el objetivo. Esto significaba no sólo el perdón y la restitución en la tierra, sino la formación de una nueva comunidad para el cielo y la gloria celestial.

El rechazo de Cristo por parte de Israel lo situó en un contexto más amplio de trato con la humanidad. Esto transformó el carácter de su ministerio, pasando del mero cumplimiento de la promesa en Israel al cumplimiento de designios eternos y el llamado de la Iglesia. Los nombres escritos en el cielo y la esperanza de ir pronto allí —«En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo hubiera dicho; voy a prepararos un lugar. Y si me voy, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis»— eran muy diferentes de «arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca».

Se verá que nuestro Señor no era simplemente un hacedor de milagros. No hacía las cosas sólo para entusiasmar a la gente o ganar popularidad. Nada de lo que hizo puede considerarse caprichoso ni la mera obra arbitraria de alguien que busca demostrar su habilidad. Si se crea vino o se multiplican los alimentos, ambos tienen como fin satisfacer necesidades existentes. El poder divino obra en amor y bondad, y todo está tan bellamente ordenado que se ajusta al principio de la oferta y la demanda. Esta es la perfección de la sabiduría, cuya ausencia ha empañado las acciones de hombres de diversas capacidades y dones.

Es asombroso cómo una cosa lleva a la otra en esta maravillosa vida. Pasamos, en el punto al que hemos llegado, del ministerio en Galilea, donde el reino es claramente visible, al ministerio en Perea, según Lucas, donde el Señor, rechazado por Israel, se dedica a preparar una comitiva para el cielo. Su perfección resplandece en todas partes; lo que podría haber empañado la página en cualquier otro relato sirve para resaltar el refinamiento celestial de este Hombre glorioso. En Él, cada rasgo moral se combina con todos los demás, de tal manera que presenta un equilibrio completo en cada detalle, tanto en relación con Dios como con el hombre. El carácter surge de la constitución, y ambos se manifiestan en la conducta. En cada hombre hay algún rasgo predominante que define su carácter. En el Señor Jesús no existía nada de esto. Los hombres con las más altas concepciones morales pueden tener defectos personales, y los principales maestros de ética a menudo incurren en inconsistencias personales:

ciertamente, en todos encontramos algún defecto, pero en nuestro Señor había perfección. Cada aspecto de la vida moral se manifestaba en una proporción justa y verdadera, elevándose cada uno a su máxima expresión, sin menoscabar en absoluto a los demás, para constituir una respuesta moral perfecta en el Hombre a la gloria de Dios y una expresión completa del amor de Dios al hombre caído. Su dignidad iba acompañada de hermosura y perfecta accesibilidad, y si bien la grandeza de su pensamiento nunca lo elevó más allá del alcance de la sencillez, su justicia intachable se combinaba perfectamente con la gracia y lo hacía el más accesible de todos. Ni siquiera su pureza inmaculada pudo disuadirlo de relacionarse con publicanos y pecadores, aunque por ello fue llamado glotón y bebedor de vino. Su poder iba de la mano de la mansedumbre, y junto a la más excelsa dignidad había una humildad sumamente accesible. Bien podemos decir ¡Aleluya! ¡Qué Salvador! Veán cuán admirablemente se unen los dos Testamentos en Su Persona: «Reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del Señor» (Isaías 11:2).

PARTE 2. Su corazón y Sus atributos

Pero al reflexionar sobre la profundidad de esa vida maravillosa, recordamos que existe una distinción en la presentación de Dios en esa vida, aún no señalada. Hasta ahora nos hemos centrado en la belleza del Hombre y en cómo los rasgos combinados de Dios y del Hombre se encuentran y fluyen en Su Persona y servicio. Ahora, no nos fijaremos en los diversos rasgos, divinos y humanos, que allí se observaron, sino en la diferencia entre la manifestación de Dios en su naturaleza moral como amor y lo que Él es en los grandiosos atributos de la Deidad, o, dicho de otro modo, la diferencia entre el amor de su corazón y los atributos inherentes a su Ser. Esto último puede distinguirse del conjunto de virtudes que se combinaron y se expresaron en ese Hombre admirable, conduciendo a la plena manifestación en Él del Dios eterno. Huelga decir que esto exige reverencia y dependencia de Él.

Puede afirmarse que, cualquiera que sea la forma en que Dios se haya dignado presentarse ante nosotros en las Sagradas Escrituras, ya sea en naturaleza, carácter o incluso en los grandes y gloriosos atributos de su Ser, todo se encuentra de una u otra manera en el glorioso Emanuel de los santos Evangelios. Allí están el amor y la luz, luego la santidad y la justicia; siendo estos dos últimos los atributos morales de la naturaleza divina. Luego están los otros grandes atributos, como la Eternidad, la Inmensidad, la Omnipotencia y la Omnipresencia, etc., que nos recuerdan a Aquel que es un Dios grande y temible (Deut.7:21 y Deut.10:17).

Podemos comprender la gracia condescendiente de nuestro Señor Jesús y seguir con santo gozo los movimientos de su incomparable Persona al aliviar, sanar y alimentar, etc., pero hay momentos en que no podemos comprender, y hay instantes en que vemos, pero no podemos seguir. Hay momentos y escenas en esa vida de humilde gracia en que el poder omnipotente irrumpe de tal manera que impide a la criatura comprenderlo. Momentos, en efecto, en que aquellos que conocían su amor no se atrevían a hacerle ninguna pregunta. Es cierto que su gracia condescendiente los atrajo a su alrededor y los hizo sentir como en casa en santa intimidad, pero (y no podemos decir que esa sea nuestra experiencia hoy), era necesario que se conociera la dimensión más profunda de su eterna majestad y gloria: «Nuestro Dios es fuego consumidor». Hubo, en efecto, acciones tuyas que permitieron vislumbrar su eterna divinidad, haciendo temblar a toda criatura. Primero mencionaremos algunas de estas manifestaciones de poder y gloria, y luego intentaremos mostrar lo mismo en acción, pero combinado con la expresión del amor eterno.

Caminó sobre las olas del mar. Lo que había huido ante la acción de su poderosa mano en tiempos antiguos (Salmo 114), se convirtió en pavimento para sus pies, y a los temores de sus discípulos les dijo: «No teman, Yo soy». Cuando Pedro intentó interferir con la mejor intención de la naturaleza, les dijo: «¡Apártate de mí, Satanás!». A todos ellos les dijo: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con ustedes?». Y a la pregunta de Pedro acerca de Juan, Él respondió: «Si quiero que se quede hasta que Yo venga, ¿qué te importa a ti?».

Llegó un momento en que sus discípulos no se atrevieron a decir: «¿Quién eres?», y nadie se atrevió a hacerle una pregunta. ¿Por qué? ¿Acaso no estaban llenos de santo respeto ante la sagrada majestad de su Persona y su porte? ¡Qué misterio! En un instante, una pobre mujer está a sus pies, lavándolos con sus lágrimas y secándolos con su cabello; en otro, un discípulo apoya su cabeza en su bendito pecho, pero llega un momento en que nadie se atreve a preguntar. Pensemos entonces en Él, cuando aquellos entre quienes creció «lo echaron de la ciudad... para arrojarlo al vacío». «Pasando por en medio de ellos, siguió su camino». ¿Y qué habrá sido cuando los enviados a arrestarlo se sintieron impotentes y regresaron diciendo: «Jamás hombre alguno habló como este hombre»?

Llegó un momento en que tuvo que revelar a los líderes de Jerusalén su origen moral; una generación que surgió del diablo. ¿No fue entonces cuando los tres pastores fueron exterminados en un mes (Zacarías 11:8, cf. Mateo 22)? En estrecha relación con todo esto vinieron las calamidades sobre las ciudades de Galilea y, además, las solemnes denuncias de Mateo 23. ¿Quién no recuerda aquí las palabras de Oseas 6:5, cuando dijo: «Los he cortado por medio de los profetas; los he matado por las palabras de mi boca»? Escuchen a aquel de quien se dice: «Cuya voz una vez estremeció la tierra». «Guías ciegos», «sepulcros blanqueados», «¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparán de la condenación del infierno?». ¿Acaso no fueron estas las ocasiones en que Él tomó en cuenta su culpa por rechazar su bendición y cortó aquellos dos bastones llamados Belleza

y Bandas, que eran símbolo de la más abundante bendición, no solo para Israel, sino también para toda la tierra (véase Zacarías 11, Mateo 11 y capítulo 23)?

¿No es difícil imaginar que aquí escuchamos la misma voz que dijo: «¿Venid a mí todos los que estáis trabajados, y Yo os haré descansar»? Es la voz de Dios. «La voz de Jehová es poderosa, la voz de Jehová está llena de majestad. La voz de Jehová quiebra los cedros, sí, Jehová quiebra los cedros del Líbano. La voz de Jehová arranca las llamas de fuego», etc. (Salmo 29 y véase Hebreos 4:12).

Pero aún más importante: veamos el fuego de la santidad seráfica que brotó en el templo cuando, con un látigo de cuerdas en la mano, huyeron de los atrios ante Él. Este es "Jesucristo el justo". Y aún más terrible para los que vinieron a apresarlos, cuando todos retrocedieron y cayeron al suelo. Ciertamente, la nube Shekinah estaba allí, que se veía como fuego devorador (Éxodo 24:17). ¡Qué escena tan maravillosa, y tan cercana al Calvario, donde Él mismo sufriría bajo el fuego de la ira de Jehová! ¿Cuál es la explicación de todo esto? Emanuel, Dios con nosotros, descendió para sufrir y morir, siendo Dios en su poder eterno y majestad suprema.

Ahora nos centramos en la obra de estos mismos atributos en nuestro Señor Jesucristo, pero combinados con la ternura del corazón de Dios, de tal manera que los rasgos temibles e imponentes de la Deidad quedan, por así decirlo, ocultos tras la gracia y la misericordia de Dios que descendió para bendecir. Al multiplicar el alimento para sustentar a miles con cinco panes de cebada y dos peces, Su omnipotencia se manifiesta en plena actividad, pero controlada por el amor que no los abandonó para que no desfallecieran en el camino. Pero, como siempre, lo histórico engloba tanto lo dispensacional como lo moral: Su poder no se limitó a la mera necesidad del momento, y así, en las doce canastas que quedaron, Él ofrece una representación figurada de la abundancia que permanece para la bendición de todas las tribus de Israel. Lo mismo puede decirse de la transformación del agua en vino: fue para la necesidad de Su pueblo, pero junto con la actividad de Su poder todopoderoso, se vislumbra el tiempo en que Él se regocijará sobre Su Israel con alegría, descansará en Su amor y gozo sobre ellos con cánticos (Zacarías 3:17). Y así podríamos continuar, pues ya sea una mujer pobre que lo ha gastado todo en médicos, un paralítico indefenso o un leproso pobre, afligido y marginado, ese poder incomprensible y divino siempre está dispuesto a obrar.

Dos casos entre gentiles sirven para mostrar Su poder y gloria de manera extraordinaria: el del siervo del centurión que estaba a punto de morir y el de la hija de la mujer cananea atormentada por el demonio. En ambos casos, Su poder omnipotente se manifestó, pero en ninguno se manifestó Su presencia corporal. Ambos tienen un significado dispensacional, ambos muestran el amor de Dios por Su pobre criatura degradada, y además de todo esto, se manifiesta la omnipotencia y omnipresencia de Dios. Estos hechos nos recuerdan cuando vio a Natanael solo bajo la higuera: un israelita en quien no había engaño; cuando envió a dos discípulos por el pollino en el que entraría a Su ciudad real, del

hombre con quien se encontrarían y de lo que se diría, y de un suceso similar más adelante en relación con el lugar para la fiesta de la Pascua. Él lo sabe todo. Siendo el Hijo, conoce íntimamente los movimientos del testimonio de Dios en la tierra. Como fuente y origen de ese testimonio, Él está presente en todas las santas intimidades del cielo y en sus propósitos eternos, y siendo Señor de todo, conoce todo lo que sucede en el infierno (Mateo 13, Juan 17, Lucas 16).

Así, estamos llamados a morar con corazones adoradores en la forma en que Dios, en su naturaleza y carácter, se ha manifestado en un mundo donde el pecado ha arruinado a la criatura y deshonrado a ese mismo Dios bendito. Nuestro pecado no le ha impedido acercarse a nosotros para expresar su amor y hacerlo de tal manera que recupere nuestros corazones para su eterno agrado: «¿Quién de nosotros habitará con el fuego devorador?», como Moisés en la nube de gloria, «¿quién de nosotros habitará con las llamas eternas?». «El que anda en justicia y habla con rectitud; el que aborrece la ganancia de la opresión y se abstiene de aceptar sobornos; el que cierra sus oídos al oír hablar de sangre y sus ojos al ver el mal; él habitará en lo alto; su refugio será la fortaleza de las rocas; se le dará pan; sus aguas serán seguras. Tus ojos verán al rey en su hermosura; contemplarán la tierra lejana» (Isaías 33:14-17). Sin duda, sería un profundo gozo para todos nosotros contemplar al Rey en su hermosura. Recordemos que para ello debemos estar entre los que andan con rectitud.

Queda claro que nuestra meditación estaría incompleta sin unas palabras sobre las parábolas y los milagros de nuestro Señor. Es apropiado que su enseñanza combine las tres grandes divisiones del tiempo: pasado, presente y futuro. Al tratar el presente y sus exigencias, unió con él el pasado y el futuro en un todo grandioso, constituyendo así en sí mismo un puente que se extiende de eternidad a eternidad. De este modo, se da la solución perfecta a todas las cuestiones morales, asegurando la gloria de Dios en la creación mediante la eliminación del pecado y la bendición de la criatura, en un estado de satisfacción eterna donde todo reflejará a nuestro Dios en todo lo que Él se ha revelado.

Las parábolas de nuestro Señor difieren en algunos aspectos de sus milagros. Estos últimos apelan más a los sentidos, produciendo asombro y admiración, y se dice que son los poderes de la era venidera. Las parábolas son imágenes en palabras que muestran la sabiduría de Dios en el ámbito moral; los milagros muestran la presencia de Dios en poder en la esfera de la naturaleza. Los primeros son para siempre, conectándose con la eternidad tanto al principio como al final; los segundos son más bien una intervención divina en ciertas etapas del testimonio de Dios en la tierra en el tiempo.

En la parábola, el Señor se encuentra, por así decirlo, en los confines de dos mundos, uno invisible y desconocido para el hombre, pero ambos bien conocidos por Él. Él saca tesoros del mundo eterno, revistiéndolos con figuras extraídas de este mundo del tiempo y la naturaleza, como un pastor con sus ovejas o tesoros escondidos en un campo. Al usar lo material para servir a la moral, Él saca lo celestial y eterno del mundo invisible, que de esa manera se vuelve accesible para

criaturas como nosotros en manos del Espíritu. En su fuente aprendemos lo que de otro modo no podríamos saber y somos instruidos en los pensamientos, caminos y propósitos de Dios para su agrado. ¡Qué glorioso tesoro de instrucción espiritual se encuentra en estas parábolas! Se extraen de la naturaleza, la historia, la política y el comercio, del campo y del bosque; el negocio y el hogar: la naturaleza deposita sus tesoros a Sus pies; ¿quién podría enseñar como Él?

En general, las parábolas de nuestro Señor se dividen en dos grandes partes. Las del reino, que muestran a Israel en un lugar distinto al de las demás naciones, y las de carácter más profundo, que describen la obra de Dios en la gracia de su corazón en relación con toda la humanidad. Las primeras son dispensacionales y pertenecen principalmente a los dos primeros Evangelios, tal como se presentan en el ministerio galileo del Señor; las segundas profundizan en la raíz moral del alejamiento del hombre de Dios y en la manera en que Él ha venido a recuperar y restaurar a la criatura. En el ministerio alrededor de Perea del Evangelio de Lucas, donde el Hijo de Dios es presentado a los hombres como el Hijo del Hombre, se abarca a toda la humanidad.

Aunque a menudo se habla en sentido figurado, no fue hasta el rechazo de Israel a Dios que las parábolas adquirieron gran prominencia en la enseñanza de nuestro Señor. En ese momento, Él cumplió las palabras del Salmo 78:2: «Abriré mi boca en parábolas; proclamaré cosas que han estado ocultas desde la fundación del mundo» (Mateo 13:35). El conjunto de parábolas que el Señor presenta allí describe la culpa de Israel por su rechazo y continúa mostrando el establecimiento del reino de los cielos en misterio mediante Su ascensión a la diestra de Dios. Estas parábolas narran con precisión profética el colapso de esa novedad entre los gentiles y el progreso de la corrupción hasta convertirse en lo peor de todo. Pero desde su inicio, contenía aquello que le era querido, su tesoro especial: la asamblea.

Las parábolas en Lucas profundizan aún más, anticipando la doctrina dada en Romanos y Efesios. El grupo registrado en Romanos 7:41; Romanos 10:30-35; Romanos 14:16-24; Romanos 13:35 y 15:11-24, con una elocuencia exquisita, describe el viaje del alma desde la gracia hasta la gloria. La obra del Espíritu en el corazón humano se manifiesta desde el momento en que la gracia lo alcanza, siendo un deudor de quinientos denarios sin nada que pagar, hasta que se ve liberado de la condición adámica y revestido de Cristo en una nueva creación ante el Padre, para su eterno deleite. Compárense las dos parábolas: la de la tela nueva para las vestiduras nuevas y la del vino nuevo para los odres nuevos.

Hay ciertas parábolas principales que se sostienen por sí solas, como «Un sembrador salió a sembrar». Hay parábolas repetidas, como, por ejemplo, la boda del hijo del rey, en Mateo 22, y el banquete ofrecido por cierto hombre, en Lucas 14. También hay parábolas en forma triplicada, como en Lucas 15: el pastor que busca a la oveja perdida, la mujer y la moneda extraviada, y el padre que sale corriendo al encuentro de la que se había perdido. En estos últimos pasajes pasamos del reino a la Casa, de lo dispensacional a lo moral, directamente a la

más rica y sublime revelación divina, a lo más profundo del corazón de Dios.

Querido lector, ¿qué podemos decir ante todo esto? Ciertamente, tenemos lo mejor de lo mejor, lo más rico de lo rico y lo más grandioso de lo grandioso, del Maestro mismo. ¿Acaso no ha dicho Él: «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; ¿porque os digo que muchos profetas desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron»? «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este mundo? ¿Acaso no ha hecho Dios necia la sabiduría de este mundo?» Y escuchemos de nuevo al Señor mismo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los sencillos». Que el Señor nos permita apreciar más profundamente tal gracia para que podamos responderle con mayor plenitud, alabándola y adorándola para su propio deleite y el del Padre.

PARTE 3. Milagros de nuestro Señor

Al intentar hablar brevemente sobre los milagros de nuestro Señor, uno se pregunta si estamos lo suficientemente cerca de Él y bajo la guía de su Espíritu para realizar tal cosa. No se trata de lo que digan los científicos. o pensar, o investigar la naturaleza y sus leyes; una comprensión adecuada de Aquel de quien hablamos lo aclara todo perfectamente. El corazón devoto ve a Dios en su propio dominio, usando lo físico con miras a lo moral; ordenando, clasificando y ajustando en medio de las fallas y necesidades del hombre, tanto para su alivio presente como para su bendición eterna.

Los milagros de nuestro Señor apelan a los sentidos del hombre y producen asombro y admiración, convirtiéndose así en testimonio público de la grandeza del Creador. Si se dice que las obras de Dios en la creación no dejan excusa al hombre, ¿qué decir de estas poderosas y misteriosas manifestaciones de Su poder? «Porque lo que de Dios se puede conocer les es manifiesto, pues Dios se lo ha revelado. Porque las cosas invisibles desde la creación del mundo se ven claramente, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, su eterno poder y deidad, de modo que no tienen excusa» (Romanos 1:19-20). Si el poder eterno y la divinidad de Dios se manifiestan claramente en la creación, y su bondad providencial en el mundo de los hombres, como lo atestigua toda la historia humana, ¿qué diremos de la manifestación de ese mismo Dios en las obras portentosas del Hijo aquí? (véase Hechos 14:17 y Hechos 17:25-28). Puesto que Dios se manifiesta claramente en la creación y no se ha dejado sin testimonio en el ámbito de la providencia, sin duda la voz de Emanuel calmando la tempestad, eliminando enfermedades, expulsando demonios y resucitando a los muertos —

obras que también apelaban a la razón— fue una manifestación de la cercanía del bendito Dios a los hombres. Si el testimonio de la creación no dejó excusa a los hombres, el testimonio de las obras portentosas del Señor Jesucristo por parte de quienes lo rechazaron demuestra una enemistad y un odio manifiestos hacia Dios. Si se comprende que la encarnación del Hijo fue el resultado de un largo proceso de paciencia divina, cuando el hombre, como agente moral responsable, estaba bajo prueba, podemos comprender fácilmente el pensamiento divino en los milagros de nuestro Señor. Era la voluntad de Dios que nada faltara de su parte para atraer a la criatura y ganarse su afecto, pero todo fue en vano. La multitud relacionó sus obras con el poder de Satanás y lo entregó a los romanos para que lo crucificaran como blasfemo. Como los cerdos del milagro de Lucas 8:26-33, se precipitaron hacia la perdición hasta perderse en el mar de las naciones gentiles, mientras que el remanente lo reconoció como su Señor y Dios y recibió abundantes bendiciones.

El rechazo de Cristo fue, en efecto, el rechazo del Padre y del Hijo. El Señor mismo interpreta su acción en relación con su palabra y sus obras. «Si yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa para su pecado. El que me odia, odia también a mi Padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora me han visto y me han odiado a mí y a mi Padre» (Juan 15:22-24).

Pero cabe preguntarse si toda la gracia y el poder manifestados en los milagros de nuestro Señor son en vano. A esto se puede responder que el cristianismo se estableció en la tierra gracias al poder milagroso. En este sentido, seguimos la obra de su poder todopoderoso después de Su ascensión. Los Evangelios muestran todo lo que comenzó a hacer y a enseñar (Hechos 1:1), pero el libro de los Hechos y las Epístolas muestran lo que continuó haciendo a través de sus siervos.

Sin embargo, existe una respuesta de carácter más profundo, pues, aunque todo fue en vano desde el punto de vista de la responsabilidad humana, hasta el punto de que el Señor mismo tuvo que decir por medio del Espíritu profético: «He gastado mis fuerzas en vano» (Isaías 49:4), Dios da una respuesta digna de Sí mismo, conforme a su propósito y por gracia. Esa respuesta se manifestará a través de la Asamblea, que es el Cuerpo y la Esposa de Cristo, en el día de la revelación que está cerca, y será perfecta en su totalidad como reflejo de cada aspecto de la plenitud de la Deidad que ha sido revelada. Todo se manifestará a través de esa ciudad que desciende del cielo de Dios, en todo lo que Él es revelado en su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

En cuanto a los milagros mismos, vemos maravillosas imágenes morales de la necesidad del hombre y la gracia celestial. El lugar que ocupan en el gran plan de la verdad debe ser comprendido, si queremos entender su significado, en relación con la condición del hombre y la plena gloria de Dios. Por razones evidentes, estos milagros se realizaron principalmente en el período de la vida de nuestro Señor comprendido entre su Bautismo y su Transfiguración. Fue

entonces cuando tuvieron lugar los acontecimientos trascendentales de su presentación a Israel y el rechazo de su testimonio. A continuación, se produjo la transición a los gentiles, con la plena demostración de la condición humana universal y la soberanía de Dios como recurso, en el llamado de la Asamblea, el vaso del propósito y de gloria. Todo esto dio amplio margen para el ejercicio del poder en los milagros que Él realizó, los cuales encajaban a la perfección con estas grandes líneas de verdad.

Observemos, pues, cómo los milagros del Señor se prestan a la confirmación de los designios dispensacionales de Dios y se relacionan con sus parábolas. La parábola de la viña y los labradores concuerda con el milagro de la liberación del endemoniado en Gadara. Israel había sido enaltecido por Jehová, pero rechazó todas sus propuestas. Cuando el Hijo llegó, dijeron: «Este es el heredero; venid, matémoslo y apoderémonos de la herencia». Esto los llevó al juicio, que el incidente de los cerdos durante la liberación del endemoniado prefigura. Los demonios expulsados del remanente, como María Magdalena y este hombre en Gadara, se apoderaron del pueblo, cegado por el deseo, y estos descendieron por la colina hacia su destrucción. Esto se puede observar históricamente en los escribas y fariseos, y en individuos como Caifás, etc. Pero la resurrección de la hija de Jairo anuncia el tiempo en que, tras haber sufrido por sus pecados, Israel resucitará como de entre los muertos, en vista del cumplimiento total de las promesas hechas a los patriarcas y la plena bendición milenaria. Esto se confirma aún más con la visión del valle de los huesos secos que cobraron vida (Ezequiel 37).

Hasta ahora hemos visto al Israel que recibió a Cristo en el pasado y a aquellos a quienes está a punto de venir con abundantes bendiciones. Pero ¿qué sucede entretanto? Lo que Él está haciendo ahora se representa claramente en la mujer que padecía de hemorragia. Al igual que los gentiles, ella había tenido muchos médicos sin mejoría, y al igual que los cristianos de hoy, recibe la bendición plena en el tiempo que transcurre entre la liberación de los judíos cuando Él estuvo aquí y la bendición completa cuando Él regrese. Todo esto, la alimentación de los cinco mil, garantiza que mientras las multitudes sean alimentadas, es una metáfora de sus recursos, que se manifiestan hoy. En las doce canastas recogidas, hay una promesa de lo que suplirá todas las necesidades de las doce tribus en el día venidero.

Aún falta completar la gran visión dispensacional de la gloria milenaria. Las naciones gentiles entran, por así decirlo, al borde de los judíos para participar de la bendición de ese día glorioso. El milagro posterior a la Resurrección en el mar de Tiberio completa el panorama. La gran pesca puede representar la multitud que vendrá de todas las naciones para engrosar las filas y unirse a las alabanzas de aquel tiempo glorioso (Mateo 25:31-46 y Apocalipsis 7:9-17).

Una palabra más sobre la influencia de ciertos milagros del Señor en el testimonio después de su ascensión. El remanente bendecido por el Señor en esta vida se ve reflejado en el testimonio del libro de los Hechos. El judaísmo, que era

un sistema terrenal, tuvo que ser abandonado por la nueva economía celestial establecida en un Hombre glorificado y el Espíritu Santo en la tierra. El milagro de caminar sobre el agua y Pedro bajando de la barca para ir con Jesús, sirve para prefigurar una gran e importante verdad que estuvo presente a lo largo de todo el libro de los Hechos. La barca prefigura el judaísmo, pero Cristo estaba afuera, sobre el agua. El hecho de que Pedro abandone la barca sirve para mostrar la transición que los judeocristianos debían realizar desde el sistema en el que habían sido criados al nuevo orden celestial, unidos a Cristo a la diestra de Dios en el cielo. La presencia del Señor junto a los discípulos en la barca alude a su segunda venida para poner fin a la terrible tormenta del juicio durante la gran tribulación; pero lo primero que debemos comprender aquí es el lugar que ocupa sobre el agua, propio de la acción de Dios en el cristianismo actual. Allí, el principio de atracción es su Persona y el poder que reside en Él para mantenerse por encima de toda adversidad.

Históricamente, transcurrieron cuarenta años entre la crucifixión y la destrucción de Jerusalén por los romanos para que aquellos primeros judeocristianos se convirtieran del judaísmo al cristianismo, saliendo a su encuentro fuera del campamento. Algunos nunca lo hicieron, pero aquellos que sí lo hicieron, como los apóstoles y otros, se ven representados en el acto de Pedro al abandonar la barca para ir con Jesús. Aquellos que aceptaron el Evangelio y prefirieron continuar en la nave del judaísmo, están ante nosotros en el milagro de la curación de los diez leprosos. Estos, a su vez, pueden verse históricamente en esa numerosa clase de la cual el apóstol Santiago parece ser el prototipo. Probablemente fue él quien le dijo a Pablo: «Tú ves, hermano, cuántas miríadas hay de los «Judíos que han creído, y todos son celosos de la ley» (Hechos 21:20).

En la curación de los diez leprosos, sólo uno regresó para dar gloria a Dios. Jesús preguntó: «¿Dónde están los nueve?». Parecen prefigurar a aquellos que eran creyentes pero celosos, como muchos, lamentablemente, hoy en día, que también son celosos de la ley. Y así podríamos continuar, pues la curación del siervo del centurión muestra, en principio, a los muchos que fueron llamados por el Evangelio desde la oscuridad oculta del paganismo para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar a su Hijo del cielo.

Pero ¿qué hay de aquellos que buscaban un lugar en la barca, por así decirlo, sin tener derecho a estar allí? Los gálatas y otros que volvieron a la ley después de haber creído en el Evangelio presentan un triste panorama de confusión. Tales personas nunca habían estado bajo la ley, y al regresar a lo que sus hermanos en la fe, los judíos, habían abandonado, ofrecieron el lamentable espectáculo de adornarse con las vestiduras desechadas de otros. ¡Qué deplorable, y, sin embargo, qué esto se evidencia hoy en día entre los creyentes en nuestro Señor Jesucristo!

Este, amados, es Jesús; ya sean en parábolas o milagros, Él es el mismo: «Nuestro Señor Jesús». ¿Qué corazón puede concebir o qué lengua puede narrar las maravillas de este gran y glorioso Salvador? Él es y será siempre superior a

toda criatura; la distancia del infinito permanecerá siempre entre Él y cada uno de nosotros. Dios, igual al Padre y al Espíritu Santo; su gloria permanece inmutable, no sólo a través de los años, sino por toda la eternidad. Sin embargo, Él nos quiere con Él y cerca de Él: para esto se hizo hombre, un hombre bendito, tierno, misericordioso y glorioso. En Él habita corporalmente la plenitud de la Deidad, y en Él se ve el poder de la Deidad obrando en favor del hombre. Él obró en el hombre física, mental y moralmente: en el ámbito espiritual, en el natural, en el moral, en el social y en el doméstico. Enfermedad, muerte, demonios, el mar y sus habitantes, y también los vientos. Muerte y vida, cielo, tierra e infierno. Todo está en Sus manos, a Su disposición y bajo Su control. Milagros proféticos, morales, dispensacionales y transitorios: Él es sobre todo Dios, la creación, la providencia, el gobierno y la redención dan testimonio del recurso divino que llevó a Dios a revestirse de humanidad, para morir en la cruz del Calvario. ¿Quién no habría de adorarle? «¡Habitantes todos de la tierra, cantad al Señor con voz alegre!» «Fuego y granizo, nieve y vapores, viento tempestuoso que ejecuta su palabra». «Los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, adoran al que vive por los siglos de los siglos y arrojan sus coronas ante el trono, diciendo: “Señor, digno eres de recibir la gloria, la honra y el poder; porque Tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas”. ¡Aleluya! ¡Alabad al Señor!»

PARTE 4. Consideraciones sobre el Evangelio de Juan

Habiendo profundizado hasta ahora principalmente en la presentación de nuestro Señor tal como se ve en los tres primeros Evangelios, nos queda detenernos un momento y procurar contemplarlo con un corazón reverente, tal como se nos presenta en el Evangelio de Juan. Al entrar en esta parte del dominio de la verdad, sentimos que estamos en una atmósfera completamente diferente. En los otros Evangelios, nos encontramos principalmente en el terreno de la verdad dispensacional y profética, donde nuestro Señor es el centro de los designios de Dios, en plenitud mediadora, como el Hombre de su propósito. El Hijo de David, el Rey en Mateo; el gran Siervo Profeta en Marcos, y el Hijo del Hombre, el Hombre del agrado de Dios, como en Lucas. Si bien en cada uno de ellos la divinidad de nuestro Señor se expresa en palabra o en obra, la presentación en su conjunto es la de un Hombre. Alguien que es Profeta, Sacerdote y Rey, pero todo esto como nacido en este mundo como Hombre. Ese Hombre es Emanuel, Dios con nosotros (Mateo); Hijo de Dios, Siervo (Marcos), Engendrado por el Espíritu Santo y nacido de una Virgen (Lucas). Sólo Dios podía predecir el curso de todos los tiempos venideros, hasta la eternidad, o hablar de su venida en las nubes del cielo (Mateo 13:37-50 y Mateo 26:63). Sólo

Dios podía decir: «El cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará» (Marcos 13:32). Y sólo Dios podía hablar de su venida en su propia gloria, en la gloria de su Padre y en la de los santos ángeles, como en Lucas 9:26. En cada uno de estos casos se presenta a un Hombre; el gran Hombre ungido cuya gloria es grande en la salvación de Dios, y cuyo dominio sólo está limitado por la creación misma. En Juan, todo es diferente.

En el cuarto Evangelio, Dios el Hijo está presente a lo largo de todo el relato; aunque es hombre, es Aquel que creó el universo (Juan 1:3) y que estuvo obrando durante todas las épocas del Antiguo Testamento (Juan 5:17), pero que ahora había descendido del cielo (Juan 6:38) para que Dios —Padre, Hijo y Espíritu— fuera plenamente revelado. Este descenso se produjo al hacerse hombre; sin embargo, lo que permanece a la vista es Su eternidad (Juan 8:58), Su omnipotencia (Juan 1:3), Su omnipresencia (Juan 1:48), Su co-igualdad con el Padre (Juan 10:30), así como la unidad esencial en cuanto a naturaleza, plan, propósito y consejo de la Deidad (Juan 5:23; Juan 14:11). En Mateo se nos recuerda la expresión: «¡He aquí tu Rey!» (Zacarías 9:9); en Marcos: «¡He aquí mi Siervo!» (Isaías 42:1); y en Lucas: «¡He aquí el Hombre!». Pero en Juan, el mensaje es: «¡He aquí vuestro Dios!» (Isaías 40:9).

Para comprender plenamente las escenas y circunstancias del cuarto Evangelio, es necesario conocer el lugar que ocupa en el círculo de la revelación divina. Fue escrito mucho después de los otros tres, cuando ya se comprendía mucho mejor el significado de la Encarnación del Hijo. El tiempo transcurrido entre ambos fue ocupado por el servicio del gran apóstol de los Gentiles. En el ministerio de Pablo, se completó el círculo de la revelación divina. A él se le encomendó, como nos dice en Colosenses, completar la palabra de Dios. La decadencia se instaló de inmediato, y Pablo vivió para ver el derrumbe de todo aquello que había ayudado a construir en cuanto al orden, el ministerio y el gobierno de la Iglesia. Con el paso del tiempo, los lobos feroces de los que había hablado (Hechos 20:29) entraron, sin perdonar al rebaño, y los ataques furiosos contra la verdad de la Persona del Señor eran frecuentes. Al insertar el ministerio de Pablo entre el Evangelio de Lucas y el de Juan, podemos comprender mejor esta gran diferencia en las comunicaciones inspiradas dadas en cada uno. Juan fue usado por el Espíritu al final de la era apostólica para confrontar los errores de la época, con un despliegue de la verdad más rica que se puede encontrar en todo el volumen inspirado. La verdad de las relaciones, afectos, intimidades e intereses divinos, nunca antes concebidos. Va más allá del registro de los sinópticos y se detiene en la vida interior de la Deidad de tal manera, de labios del mismo Señor bendito, que nos muestra la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu, desde la eternidad hasta el tiempo y a través de su historia llena de acontecimientos hasta donde se une de nuevo con la eternidad. Muestra los pensamientos, sentimientos y deleites propios de la Santísima Trinidad; cada uno en relación con los demás intrínsecamente, y también los intereses propios de cada uno y comunes a todos, inherentes al cumplimiento del plan eterno en la creación.

Sin duda, aquí se manifiestan las maravillas de la sabiduría y recursos Divinos. Los ataques del enemigo se toman como ocasión para revelar aún más ricas revelaciones de Dios de Dios, para la instrucción y bendición de los suyos, y el enriquecimiento de sus almas en la comprensión del favor Divino.

Consideremos ahora brevemente cómo el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, es presentado en este Evangelio como objeto del amor del Padre. Esto tiene una triple relevancia y se relaciona con una observación anterior sobre la eternidad pasada y futura, con el tiempo intermedio. El amor del Padre al Hijo antes del tiempo (Juan 17:24); en el tiempo (15:9); y en la eternidad venidera; habiendo recibido, por así decirlo, un nuevo impulso en virtud de la Cruz. La primera se manifestaba en una gloria propia de la Deidad: aquella que, aunque externa a la Divinidad, como las insignias de esplendor que rodean a un monarca, tiene su origen en el Ser de Dios (Juan 17:3); una gloria esencialmente divina. La segunda, en las circunstancias de la vida humana aquí, en este mundo donde Él vino, en conexión tanto con la necesidad del hombre como con los designios de la eternidad. La tercera, fundamentada en la cruz y proyectada más allá de los límites del tiempo, donde todo lo que fue verdadero de ese amor, tanto en la eternidad pasada como en el tiempo presente, se unirá al impulso que le dio su muerte para dar una respuesta digna de Dios. Cuando, junto con los alegres himnos de una creación redimida, el corazón de Dios encontrará su plena expresión en su amado Hijo, en el cumplimiento total de todo lo que se propuso hacer en los designios de ese pasado eterno.

Hasta la Encarnación del Hijo, la verdad de la Trinidad permaneció oculta en la profundidad de la esencia de la Deidad. Simultáneamente con la revelación de la pluralidad en la Divinidad, llegó la verdad de las relaciones eternas, interdependientes, con el estado de amor y gloria propios de la Divinidad (17:5, 24). Estrechamente relacionado con esto, y de hecho lo que lo originó, fue el plan del consejo eterno. Este plan no podía ser arbitrario, como un mero acuerdo, sino el resultado espontáneo de la naturaleza moral y el ser de Dios. En estos consejos, la Santísima Trinidad se manifiesta en las relaciones del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en el amor que constituye la naturaleza divina y que fue correspondido entre Ellos mucho antes del comienzo del tiempo. Es a través de la actividad de la Divinidad al dar efecto a estos consejos que hemos aprendido algo de la vida, el amor y la gloria de las Personas divinas en relación entre sí, así como su relación con la creación por la Redención.

Reflexionad, pues, por un momento en estas palabras de nuestro Señor Jesucristo: «Me amaste antes de la fundación del mundo». ¿Quién puede sondear la profundidad del significado de una afirmación así? Fijaos en que de ella depende algo más. En efecto, tanto la gloria que le fue otorgada como los compañeros que le fueron dados —quienes constituyeron el regalo de amor del Padre para Él en aquel pasado eterno— «Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos también estén conmigo, para que contemplen mi gloria, la cual me has dado, porque me amaste antes de la fundación del mundo».

(Young). Tanto los hombres que le fueron dados como la gloria que le fue otorgada, descansan sobre la base de un amor mutuo que existe desde la eternidad; y, en cuanto a la nueva posición que Él ocupa en esa gloria recibida, Su deseo es que aquellos que le fueron dados estén allí con Él, para contemplar dicha gloria. No se trata aquí de que ellos sean vistos en la gloria —aunque, ciertamente, estarán en ella junto a Él; ¡oh, gracia inigualable y favor divino! (véanse los versículos 22-23), sino de que Él sea contemplado —por aquellos seres favorecidos que el Padre también le entregó— en una gloria que le pertenece por completo, en el momento en que el universo entero repose a Sus pies (un universo recibido, en su totalidad, de manos de su Padre). ¿Hemos contemplado Su vergüenza, Su sufrimiento, Su dolor y Su angustia en aquella hora, la más significativa de todas? Al participar de Su Cena y meditar en el amor que le llevó hasta el polvo de la muerte, ¿acaso no podemos, con la más profunda adoración, anhelar el momento en que le veremos en Su gloria? Sí, precioso Señor, estaremos contigo, seremos como Tú y te veremos; pero ¡qué dulce resulta oírte decir: «Padre, quiero que aquellos que me has dado estén conmigo donde Yo estoy, para que contemplen Mi gloria, la que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo»! La transfiguración puede ayudarnos a comprender esto: allí, Moisés y Elías estuvieron con Él en la nube, y los tres discípulos fueron testigos oculares de Su majestad.

Pero, como hemos dicho, ellos serán vistos en la gloria con Él. Aquí, de nuevo, se nos llama a tener sensibilidades refinadas para comprender su pensamiento y sentir la dulzura de sus santos deseos para los suyos. Han de ser vistos como amados por el Padre, ¡qué humildad la suya!, cuyo amor lo llevó a la cruz para que estuviéramos allí con Él. Él desea que estemos con Él en toda la dignidad del amor del Padre, para verlo en esa gloria que le pertenece como proveniente del Padre, siendo tanto el amor como la gloria eternos.

Los pasajes principales que tratan sobre esta santa intimidad de amor y gloria, existente antes del tiempo, son Juan 17 y Proverbios 8. En ellos, el Padre y el Hijo —y, por implicación, el Espíritu— se manifiestan en una santa reciprocidad de amor y gloria, dentro del deleite perfecto, auto existente y autosuficiente de la Deidad. Asimismo, se presentan como la fuente de aquellos propósitos de amor que presuponen la creación de un universo de seres inteligentes, destinados a ser el cauce por el cual fluya ese mismo amor, suscitando en ellos una respuesta adecuada hacia Él para siempre. De este modo, Dios se rodeará de un universo de seres inteligentes, redimidos y plenamente satisfechos, en cuya alabanza Él se deleitará por toda la eternidad. Esto revela los designios de amor orientados a la gloria del Hijo, quien fue constituido Heredero de todas las cosas antes incluso de que estas existieran (Hebreos 1:2). Al considerar la promesa anticipada que representan los hombres que le fueron dados —en aquel escenario de amor y gloria descrito en Juan 17—, podemos comprender cómo todo emana del amor que constituye, en esencia, la naturaleza misma de Dios; un amor que fue correspondido de manera gloriosa dentro de la eternamente bendita Deidad, de unos hacia otros, en un ámbito que trasciende tanto nuestra comprensión que

resulta casi inaccesible para el pensamiento de cualquier criatura. No obstante, volvamos nuestra mirada, por un momento, hacia el Hijo —hecho Hombre en la tierra—, quien es, por sí mismo, un objeto capaz de cautivar el corazón de Dios; observemos cómo ese mismo amor, en el transcurso del tiempo, se posa sobre Él: un Hombre sobre la tierra.

Citaremos aquí uno o dos hermosos textos que nos llevan al precioso tema del Hombre Jesucristo como lugar de reposo del amor de Dios, tal como se manifiesta aquí en la tierra. «El Padre ama al Hijo; y ha puesto todas las cosas en sus manos» (Juan 3:35). "El Padre ama (philei) al Hijo, y le muestra todo lo que él mismo hace" (Juan 5:20). "Como mi Padre me ha amado, así también yo os he amado" (Juan 15:9). "Que los has amado como me has amado a mí" (Juan 17:23). La intimidad de comunión que suponen estos pasajes se ejemplifica bellamente en este Evangelio. En los Sinópticos, el Padre habla de Él y una vez a Él, en las escenas de su Bautismo y Transfiguración: aquí conversa con Él (Juan 12:28), da testimonio de Él (Juan 5:23), lo atrae hacia Él (Juan 6:47), lo honra (Juan 5:23), habla en Él (Juan 5:24, Nueva Trad.), mora en Él y obra en Él (Juan 14:10). Pero el Antiguo Testamento nos ayuda aquí. Es notable que el Nuevo Testamento nos muestre a nuestro Señor en la eternidad mirando hacia atrás, y el Antiguo Testamento nos lo muestre en la tierra mirando hacia adelante. El Padre habla de Él en el Salmo 2 como su Ungido, a quien ha puesto sobre Sion con un propósito. Y de nuevo en el Salmo 91: «Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo lo libraré». Pero en Isaías 49, con el mismo espíritu profético, el Padre le habla: «Poco es que seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob y restaurar a los que quedaron de Israel; también te daré por luz a las naciones, para que seas mi salvación hasta los confines de la tierra».

Sin embargo, es en el Evangelio de Juan donde vemos al Hijo del Padre en sus exquisitas perfecciones en relación con el Padre. Aquí Él proclama al Padre mediante su obra y la difusión de su palabra (Juan 5:22-23). Aquí Él es el pan de Dios, mientras que su alimento era hacer la voluntad de quien lo envió y completar su obra (Juan 4:34; Juan 6:33). Tal era su amor por el Padre que vivía por el Padre (Juan 6:57; Juan 14:31).

¡Qué riqueza espiritual se encuentra en todo esto, y cuán difícilmente podemos acceder a ella! Un visitante se hospeda por un tiempo en un hogar bien ordenado y se sorprende al percibir las muestras de afecto que se manifiestan en el trato mutuo. Existe tolerancia y consideración entre todos, y cada uno parece vivir para el bienestar de los demás; observa, aunque en el hogar no forma parte del círculo. Puede admirar, pero no puede participar. Hay relaciones, afectos y sentimientos de los que él es ajeno. Y esto no puede cambiarse, por muy bien que lo traten. Son una familia de la que él no forma parte, y aunque es un visitante bienvenido, hay aspectos en los que no puede inmiscuirse. Querido lector cristiano, tú y yo estamos dentro. La gracia nos ha traído y, como hijos de Dios, todos los derechos de la familia nos pertenecen. En el mismo instinto de nuestra naturaleza y ser renovados, lo conocemos, lo amamos y estamos en Él, en la

intimidad de la naturaleza divina, como hijos de Dios. Sin embargo, ¡ay!, cuántas veces somos como aquel hombre que era un visitante, y que se sentía fuera.

Aquí, pues, seguimos con adoración los movimientos del Padre y del Hijo en las manos del Espíritu, que tan bondadosamente se ha dignado a presentárnoslo. Estamos llamados a la comunión del Hijo de Dios y, al ser introducidos en su vida, podemos participar en la santa comunión con el Padre y el Hijo. Es de esta manera que el Padre desea derramar en nuestros corazones sus propios pensamientos sobre ese Bendito. En el capítulo 3 de este Evangelio, nos llama a escucharlo mientras desciende del cielo. «El que viene del cielo está por encima de todos; y lo que ha visto y oído, eso da testimonio». ¿Quién haría que alguien así dividiera las herencias terrenales en un momento como este? (Lucas 12:13-14). Como Moisés en la antigüedad, está aquí para consagrar a los adoradores al Padre en el capítulo cuatro, y en los capítulos cinco, seis y siete revela plenamente la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En el capítulo cinco, el Hijo; en el seis, el Padre; y en el siete, el Espíritu. En el primero de estos capítulos, el Hijo es el tema central; las palabras «el Hijo» aparecen ocho veces en ocho versículos. No se trata del Hijo de Dios ni del Hijo del Hombre, aunque ambos términos se encuentran en el mismo contexto. El Hijo se manifiesta primero en el testimonio de la gracia en relación con el Padre (v.19-22), luego en su lugar en relación con el hombre (v.23-29), y todo ello conectado con las grandes cuestiones de la vida, la muerte, la resurrección y el juicio. El Hijo es incognoscible. «Nadie conoce al Hijo sino el Padre». Sin embargo, Él lo sabe todo. Conoce todo el pasado, todo lo que sucedía en el presente y todo lo que ocurrirá en el futuro. Él es Dios, conoce a Dios, el cielo, la tierra y el infierno. «Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que rendir cuentas» (Hebreos 4). Pero cabe preguntarse: ¿qué hay de Marcos 13:32? Leamos el pasaje: «Pero de aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Nueva Traducción). El misterio, la magnitud y la grandeza de este pasaje producen un santo temor y, aunque deseamos conocer su significado exacto, confesamos cierta reticencia a abordarlo. No hay, ni puede haber, ninguna contradicción, ni tiene por qué haber dificultad alguna si estamos en manos del Espíritu. Esto implicaría una larga digresión; por lo tanto, continuaremos con lo que tenemos ante nosotros en esta meditación y pedimos al lector que lea con atención y, por temor de Dios, la nota al final.

Hemos dicho que, en el Evangelio de Juan —concretamente en los capítulos 5 al 7—, el Hijo revela la Trinidad. En el primer caso, el protagonista es el Hijo; ahora, en el capítulo 6, el Padre destaca como la fuente. Él selló y envió al Hijo. El Padre le entrega al Hijo a aquellos a quienes, en el pasado eterno, destinó para Él según Su propósito; y es Su voluntad que el Hijo resucite, en el día postrero, a todos los que le han sido entregados. Estamos tan acostumbrados a inmiscuirnos en estos asuntos que nos perdemos gran parte de la belleza y la bendición de las Escrituras. Aquí se nos presenta la acción del Padre hacia el Hijo, en el contexto de Sus propios designios eternos de amor. En el capítulo 5,

veíamos al Hijo en relación con el consejo divino —en conexión con el Padre— y, a la vez, en relación con los seres humanos; en ambos casos, se manifiesta la obra conjunta del Padre y del Hijo en el mundo. Aquí, el enfoque es el mismo, pero desde la perspectiva de la obra del Padre.

El capítulo 7 de Juan es sumamente rico, pues nos muestra el lugar que ocupa el Espíritu: Él desciende del Padre y del Hijo, de una manera muy particular. Aquí dejamos atrás los reinos y los pactos para entrar en el día eterno de Dios. «En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Juan 7:37-39). La Fiesta de los Tabernáculos incluía un octavo día, el cual apunta a un nuevo orden que nos traslada más allá del sistema de gloria manifestada en la tierra. De este modo, somos introducidos en un ámbito de satisfacción divina, donde el corazón rebosa con la riqueza de la bendición de Dios. ¡Bendito sea Dios! Poseemos todo lo que la capacidad de una criatura puede disfrutar —y hasta desbordar—, de modo que de nuestro interior brotan ríos de agua viva. Mediante el don del Espíritu, hemos llegado a algo que trasciende las dispensaciones y el ámbito de las bendiciones del reino: hemos alcanzado los goces de la eternidad, en el hogar del amor del Padre.

Tal es el testimonio al que somos llamados. Es el testimonio de Aquel que vio aquello de lo que dio testimonio. Él dio a conocer aquí al Padre y todo el alcance de los pensamientos eternos del Dios trino. Él pudo decir: «Hablamos lo que sabemos, y testificamos lo que hemos visto» (Juan 3:11); Él había visto al Padre (Juan 6:46), le había oído hablar consigo mismo (Juan 12:28), pronunció las palabras del Padre e hizo las obras del Padre. ¡Qué servicio! ¿Cómo podríamos dejar de prorrumpir en santos cánticos de adoración? ¡Bendito y precioso Señor, Tú eres digno! ¡Todo esto emana de Ti, como el Hijo amado del Padre!

¡Qué cuadro tan sombrío presentaba Israel cuando surgió este ministerio! Una generación malvada y adúltera (Juan 8:1-12), sumida bajo la plenitud del poder satánico (Juan 20:1; Lucas 8:2) y totalmente insensible a su propia ceguera moral (Juan 9:1, 39-41). Este era el estado moral del mundo en el que se llevó a cabo el servicio del Hijo del amor del Padre. ¡El judaísmo agotado y decadente, qué cuadro! Fue en este contexto donde Él reveló los intereses y los designios de las Personas divinas y, sobre todo, el corazón de Dios. ¿Quién más podría haber hecho esto, sino el Hijo amado por el Padre, Aquel que pudo decir: «Para que el mundo sepa que amo al Padre»?

PARTE 5. El amor del Padre al Hijo

Pero existe, como hemos mencionado, una consideración adicional en relación con el amor del Padre hacia el Hijo. Él fue amado en el pasado eterno y, posteriormente, a lo largo de Su senda de servicio aquí; sin embargo, en la cruz, se manifiesta un matiz aún más profundo en lo que respecta al despliegue de ese amor. Hasta ese momento, se trataba del flujo lleno de gracia de lo divino, que brota de la profundidad —sin causa ni origen externo— de lo que es esencialmente divino. Si bien esto sigue siendo cierto, la cruz añade un matiz de un carácter tan sagrado que trasciende nuestros pensamientos más elevados y santos acerca de Dios. Jesús dijo: «Por eso me ama el Padre, PORQUE yo pongo mi vida, para volverla a tomar» (Juan 10:17).

Mucho se ha dicho sobre este «porque». Alguien, cuyo ministerio ha sido de bendición para millones, señaló que, en este pasaje, el Hijo ofrece al corazón del Padre un nuevo motivo para amarlo. Esta interpretación ha sido cuestionada; quizás porque el pasaje exige una sensibilidad sumamente refinada y los pensamientos más sublimes acerca de Dios. Es una idea preciosa, sugerida, sin duda, por el Espíritu de Dios. Para muchos, la dificultad radica en cómo concebir cualquier modificación en el flujo de un amor que es, por naturaleza, infinito y eterno. «Mi Padre me ama porque...». ¿Por qué «porque»? El Padre siempre lo amó —en la profundidad de Su naturaleza, Su esencia y Su Ser moral, en una eternidad de dicha sin principio ni fin—; y, cabría añadir, lo amó con una intensidad inefable y conmovedora a lo largo de esa senda santa, fruto de Su inmensurable descenso desde la Deidad hasta la condición de siervo. Pero ahora vemos al Padre amándolo «porque...». ¡Oh, relato inigualable, sublime más allá de toda palabra o pensamiento humano! El Padre ama a Su Hijo con un amor que está condicionado por un «por eso» y un «porque». Era un amor que reposaba sobre Él en el Hogar del Amor, y que mantuvo Su corazón en una paz y un gozo inalterables mientras desempeñaba aquel servicio que encendió un fuego sobre la tierra. Pero un amor que recibió en la cruz un impulso tal, que produjo nuevos sentimientos en lo más profundo de la Deidad. Aquí, hay que reconocerlo, llegamos al límite de nuestra capacidad. Podemos reflexionar, alabar, rendir culto y adorar —y participar con santo deleite en ese amor que es divino y que se entregó por nosotros—, pero hay algo en esa muerte que resulta tan singularmente divino, que permanece sagrado para Dios y para la Deidad por los siglos de los siglos. «Por eso —o, por esta razón— me ama mi Padre, porque yo pongo mi vida (mi alma) para volver a tomarla».

Pero observemos cómo los movimientos de la Deidad y de la humanidad convergen en estrecha proximidad. Él continúa diciendo: «Nadie me la quita, sino que yo la pongo por mí mismo». En estas breves palabras, somos conducidos más allá de todas las fuerzas rebeldes del mal, hacia el poder y la gloria de la Deidad.

Él, fuente de vida para toda la creación, poseía tanto el derecho como el poder de entregar su vida; pero, al mismo tiempo, se manifiesta la santa obediencia del Hombre perfecto: «Este mandamiento recibí de mi Padre». ¿Por qué el mandamiento del Padre? ¿Por qué habría de estar aquí el Hijo eterno del Padre en una condición de vida que Él mismo podía entregar? ¿Acaso no demuestra esto que el mismo amor que fluía entre las Personas de la santa Deidad estaba obrando en favor de la criatura —la cual, conforme a esos mismos designios, habría de ser rescatada del pecado y de la muerte— para que estuviera ante Dios, para su deleite, en compañía del Hijo, en una gloria fundamentada en la justicia divina; donde el amor —ese mismo amor que entró en conflicto en la cruz— hallara su reposo pleno en el hogar eterno del amor, para gloria y alabanza de Dios?

Aquí se nos recuerda la escena de Génesis 22. Allí, el padre y el hijo subieron juntos a la montaña. La obediencia del Hijo se muestra, por lo tanto, hasta la muerte misma; pero en la escena del Calvario no podía haber un carnero atrapado en un matorral. No, para Él esa cruz era necesaria. Le dijo a Pedro: «Mete tu espada en su lugar... ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que Él me enviará al instante más de doce legiones de ángeles? Pero ¿cómo se cumplirán entonces las Escrituras que dicen que así debe ser?» Lo mismo ocurre en Juan 3: el Hijo del Hombre debe ser levantado.

El pasaje de Juan 10 aborda, sin duda, la cruz en relación con la naturaleza de Dios; pero también podemos observar su conexión con Su carácter. Se nos dice que, mediante el Espíritu eterno, Cristo se ofreció a sí mismo, sin mancha, a Dios (Heb.9:14). De este modo, toda la majestad, la santidad y la justicia de Dios quedaron plenamente validadas en una gloria inconmensurable e inatacable por toda la eternidad. Podemos —y, de hecho, es nuestra porción inalienable por gracia— contemplar con profunda adoración esa muerte como el cumplimiento anti típico de todos los tipos; sin embargo, hay en ella algo que trasciende cualquier tipo, sombra o figura, llegando hasta el corazón mismo de Dios. Se trata de esa comunión íntima de santo y compasivo sentir —lo que llamamos «unción»— en su más profunda acción recíproca entre las Personas divinas, durante aquella hora que, sin duda, constituye el centro de todas las horas en la historia de la eternidad. Fue como si aquel amor —dicho con reverencia—, que fluía sin principio ni fin, sin trabas ni obstáculos, en su curso sereno e ininterrumpido, recibiera un impulso tal en el momento en que el Hijo entregó Su vida, que estableció un nuevo título sobre los afectos más tiernos del Padre, para siempre. Podemos comprender, con relativa facilidad, cómo la muerte de nuestro Señor ha establecido Su derecho al amor sobre toda la creación, en todos sus ámbitos, mucho más allá de su condición original. Nuestra propia condición de pecadores perdidos, junto con Su maravillosa condescendencia para salvarnos, ha generado un sentido de deuda que jamás podrá ser saldado; pero el hecho de que el Hijo haya obrado de tal manera suscitó un motivo para el amor del Padre —adquiriendo así, por así decirlo, un nuevo título ante el Padre y el Espíritu—, trasciende la capacidad de nuestras mentes creadas, incluso en su

estado más elevado y renovado.

Ciertamente, amado lector, debemos reconocer una triste carencia de esa sensibilidad refinada que capacita a nuestras almas para meditar en este aspecto —el lado íntimo de la revelación divina—, donde los tesoros del amor pueden ser conocidos y disfrutados. ¡Qué lejos debemos estar de los pensamientos y sentimientos del Padre y del Hijo si, no sólo pasamos por alto la belleza de este pasaje, sino que además nos atrevemos a afirmar que el Padre abandonó a Su Hijo en la hora del Calvario! Que nuestro Señor Jesucristo fuera desamparado por Dios —en el momento en que Él se ofreció voluntariamente para responder a todo lo que Dios es, tanto en la creación como en relación con el pecado— constituye un fundamento indispensable de todo el plan de redención. Sin embargo, seríamos sumamente insensatos si no lográramos distinguir entre esto —que atañe al carácter de Dios— y los sentimientos, afectos y vínculos de amor más profundos, inherentes a la naturaleza misma de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Observemos de nuevo este pasaje (Juan 10:17). El Padre ama al Hijo no sólo porque este entrega Su vida, sino porque la entrega con el propósito de volver a tomarla. En esta última parte se hace referencia a la resurrección. Tanto la muerte como la resurrección fueron actos propios de Él. Esto no implica contradicción ni conflicto alguno con la participación que tuvieron tanto el Padre como el Espíritu en Su gloriosa resurrección (Romanos 6:4; 1 Pedro 3:18). Aquel que dijo: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré», afirma aquí: «Yo pongo mi vida, para volver a tomarla».

Siguiendo el hilo de nuestra meditación, podemos contemplar la vida del Hijo aquí en la tierra en una gloria que jamás se desvanecerá, pero que, sin embargo, debía llegar a su fin. Él asumió la condición de carne y huesos con el propósito de ponerle fin a esta. Esta tenía que llegar a un fin en Él, el Perfecto e Inmaculado, para dar paso a una nueva creación. Esta tenía que llegar a un fin en nosotros. Tenía que terminar en nosotros, debido a nuestra condición pecaminosa e incorregible, y para la gloria de Dios. No había una necesidad moral de que esta terminara en Él, pues era perfecto y completo, para la gloria de Dios en todo sentido. Pero Él debía pasar por la muerte y, mediante la resurrección, asumir una condición de Humanidad que perdura por la eternidad, estableciendo así en Sí mismo el nuevo mundo de resurrección del cual Él es Cabeza, y en el cual ocupa cada cargo oficial, en cada ámbito de ese mundo, a través de todos los tiempos, justo hasta la eternidad. Entonces toda marca o huella del primer orden desaparecerá para siempre, y Él, Dios sobre todo y a la vez Hombre, tendrá un universo perfectamente adecuado para Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— por siempre jamás.

La cruz, pues, enlaza dos escenas y es la puerta de entrada a una y a la otra. Una transitoria y efímera, ¡pero, oh, qué día! La otra fija y eterna en gloria. Ambas vinculadas a ese pasado eterno en el corazón de ese Dios cuyos designios de gracia eran la necesidad de todos. Una, la historia del tiempo, el pecado, el dolor,

la angustia y la aflicción, donde Dios fue deshonrado por la criatura, y donde, a pesar de la perversidad de la voluntad de la criatura caída, se manifestaron todos los profundos sentimientos de Su corazón en misericordia y compasión. Pero, más allá de todo lo que las criaturas finitas pueden imaginar, donde Dios mismo vino como Hombre para sangrar y morir: vino, sí, precioso Salvador, para compartir nuestras aflicciones y llevar nuestros dolores, en una capacidad de naturaleza humana refinada más allá de nuestra comprensión; vino a llorar y a compadecerse, a pasar hambre, ayunar y soportar el cansancio, y al final, ¡oh, pensamiento más allá de todo pensamiento! a pesar de toda nuestra perversidad, pecaminosidad y odio a la santidad divina, para llevar nuestros pecados en Su propio cuerpo sobre el madero.

Tales pensamientos se inspiran en estos santos Evangelios, y particularmente en la triple manifestación del amor del Padre al Hijo, desde la eternidad y el consejo eterno hasta la Encarnación y la Cruz. Nos vemos obligados a compartirlos debido a la necesidad, la necesidad imperiosa y evidente por doquier, de alimento para el rebaño de Cristo. La constante producción de literatura profética por parte de la imprenta es una prueba notable de que el rapto secreto de los santos al cielo está cerca. Este y otros tipos de literatura sagrada abundan por doquier en un formato accesible y fácil de leer, de manera que la mayoría de la gente puede adquirirlos fácilmente. Las Escrituras se exponen en libros, tratados y diagramas, abarcando temas históricos y proféticos, tipología y simbolismo bíblico, hasta llegar a la apertura de dispensaciones, eras y pactos. Ciertamente, por todo esto damos ferviente agradecimiento a Dios. Sin embargo, se ha dicho que la gran necesidad del momento es un ministerio de la Persona de Cristo. Es Él mismo, personalmente, manifestado a los corazones ahora, lo que deseamos. ¡Oh, cuánto más de aquello que alimenta los afectos y nutre el alma, y que engendra y fortalece el clamor: «Ven, Señor Jesús»! Las páginas anteriores constituyen un humilde intento en este sentido, y si bien confiamos en que no hay nada que sea inadecuado para la mente, nuestro mayor deseo es alimentar el corazón. Hacemos un llamado a esa clase de hombres: hombres fieles que han demostrado su capacidad divinamente dada para este servicio, para que ayuden con la oración y el ministerio de Cristo a alimentar al rebaño de Dios. No falta aquello que instruye y enriquece la mente mediante la adquisición de conocimiento, y estamos agradecidos por ello; pero sin duda existe una necesidad de aquello que atiende a quienes sienten Su ausencia y esperan ansiosamente Su venida, pero que buscan conocerlo donde está, por medio del Espíritu, en comunión ahora.

¿Podemos, pues, exhortar al lector a cultivar el conocimiento del Señor mismo? No teníamos intención de llegar tan lejos, pero el tema es inmenso. Recordamos que el mundo mismo no podría contener los libros que podrían escribirse sobre Él. Sabemos que en la Asamblea que es su Cuerpo y Esposa, Dios está preparando una Biblioteca divina en la que una creación maravillada lo leerá.

Concluimos con una referencia a tres ocasiones diferentes en este Evangelio de

Juan, cuando el Señor afirmó su gloria, y en cada caso se intentó matarlo, pero en este Evangelio, como hemos visto, nadie pudo arrebatarse la vida. «Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo». «Por eso, los judíos buscaban con más ahínco matarlo, porque no sólo había quebrantado el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios» (Juan 5:17-18). «De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. Entonces tomaron piedras para apedrearlo» (Juan 8:58-59). «Yo y el Padre somos uno. Entonces los judíos tomaron piedras de nuevo para apedrearlo» (Juan 10:30-31).

La triple respuesta a esto, que se ve en los dos capítulos siguientes, es una hermosa expresión de la vindicación de Dios a su Hijo. El incidente con Lázaro fue para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios fuera glorificado por él (Juan 11:4). Luego es aclamado Rey de Israel a la luz de Zacarías 9:9. Y en el mismo capítulo, cuando los griegos desean verlo, Él dice: «Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado». Así obtenemos la Gloria del Hijo de Dios, Hijo del Hombre e Hijo de David, que parece ser la respuesta del Espíritu a los intentos previos de violencia. Tres veces habla en su Divinidad, y la ignorancia intenta tomar su vida como la vida de un HOMBRE. La triple respuesta del Espíritu lo muestra, tanto Dios como HOMBRE, en la plenitud de un esplendor oficial que no sólo llenará el universo de bendiciones, pero cubrirá el Nombre y la Majestad de Dios con una gloria que es la única respuesta apropiada a los designios de la eternidad, y que satisface todo deseo de la Naturaleza y el Ser de Dios; Padre, Hijo y Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Oh, Jesús, Señor, Dios Eterno;
Que sobrepasa el pensamiento de la criatura;
Descendiste como Hombre para sangrar y morir,
Un acto lleno de asombro.
Gracia asombrosa, y a la vez necesidades humanas,
Marcaste tu santo camino;
Un camino sembrado de obras gloriosas,
Y que vino a soportar la ira de Dios.
Trasciende las palabras, trasciende el pensamiento,
Trasciende el entendimiento de la criatura,
Sin embargo, divinamente enseñados por Ti,
Reconocemos su sublime valor.
Confianza asombrosa e inspiradora,
Misteriosa y dulce,
Te adoramos, como debemos hacerlo,
Postrados a Tus pies.

Oh Santo, Santo Inigualable,
Deleite de mi alma más profunda;
¿Por qué habría de dejar de alabarte?
Con todas mis fuerzas.
Oh, Señor digno, precioso y digno,
mi vida, mi escudo, mi sol;
me deleitaría en Ti
hasta que terminen mis días de viaje.
Y entonces, oh, entonces en tu Rostro infinito,
en descanso y gozo divinos;
viviré para amar, servir y alabar
mi hogar eterno.

NOTA. Consideraciones sobre Marcos 13:32

Tanto se ha escrito sobre este pasaje por hombres profundamente instruidos por Dios, que debemos reconocer que cualquier intento de nuestra parte parece un tanto presuntuoso. En ningún otro lugar la confianza mental o la seguridad humana podrían estar más fuera de lugar. Pero si el sentido de la gracia y el favor divino producen en nosotros un espíritu de adoración, no debemos temer seguir adelante para conocer al Señor.

Como no hay dudas críticas sobre la traducción, podemos usar la versión común: «Pero de aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre». Esto ocurre en el Libro que afirma y prueba que nuestro Señor es Dios (Juan 1:1-2; Colosenses 1:16-20; Hebreos 1:1-3). También provino de los labios de Aquel que afirmó ser Dios (Juan 8:58; Juan 10:30). Si esta verdad es una realidad viva en nuestras almas, nada puede perturbarnos ni inquietarnos, ni siquiera lo que se dice en la propia Escritura. Debemos ser tan firmes en esto como lo fue el gran apóstol con respecto al Evangelio, cuando dijo: «Si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciáramos otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema» (Gálatas 1:8). En el momento en que permitimos la idea de limitaciones en nuestro Señor, es evidente que hemos perdido la verdad de su Persona. Supongamos entonces que nos encontramos con un pasaje como este, ¿qué debemos hacer? Esperar en el Señor su ayuda para comprenderlo. Si permanecemos cerca de Él por medio del Espíritu, conscientes de su gracia, no nos sorprenderán las aparentes contradicciones. Pero supongamos que la luz no llega y nos sentimos desconcertados, sin poder comprender el significado, ¿qué haremos entonces? Esperemos en el Señor. Si mi alma está firmemente convencida de que nuestro

Señor Jesús es Dios, ¿cómo puedo esperar comprenderlo todo acerca de Él? Hay misterios en cada página de los evangelios que jamás podremos esclarecer.

Pero, dice alguien: sabemos que Dios es infinito y trasciende nuestra comprensión finita, pero este pasaje habla de nuestro Señor como Encarnado, es decir, como el Verbo hecho carne. Sí, y sin duda esto añade profundidad a todo el asunto. Si Dios, en su Ser, está tan lejos de nosotros que ha descendido a la Humanidad para darse a conocer, sin duda debe existir un misterio solemne que rodea su Persona, un misterio que toda mente espiritual sentirá y que, por su propia naturaleza, debe dificultar cualquier intento de escrutinio curioso. Si, por ejemplo, el misterio de nuestra propia constitución como criatura, como espíritu, alma y cuerpo, está tan más allá de nuestra capacidad de comprensión, ¿por qué deberíamos intentar tontamente saberlo todo sobre la Encarnación de Dios Hijo? La omnipotencia, la omnisciencia o la omnipresencia no admiten limitaciones. La omnipotencia se evidencia en la creación de una gota de agua, así como en la creación de un planeta. La omnipresencia se evidencia en el acto omnipotente de sanar al siervo del centurión (Mateo 8:13), como se describe en el lenguaje del Salmo 139:6-10, donde dice: «Si subo a los cielos, allí estás Tú; si hago mi lecho en el Hades, allí estás Tú». La omnisciencia es la misma en Juan 2, donde se dice que Él sabía lo que hay en el hombre, como en 1 Crónicas 28:9, donde dice que Jehová escudriña todos los corazones. Lo mismo es cierto en cuanto a su conocimiento. Por la naturaleza misma de las cosas, no podría ser de otra manera. En Mateo 13, Él predice la historia de los siglos de una manera que lo identifica completamente con el Jehová de Isaías 42:9, quien dice: «He aquí, las cosas pasadas han sucedido, y nuevas cosas hago yo; antes que sucedan, os las hago saber».

Al examinar el pasaje, surge la pregunta: si Él es Dios, ¿por qué dice «ni el Hijo»? ¿Por qué habla de no saber? ¿Qué pueden significar estas palabras? ¿Acaso no es evidente que ambas afirmaciones son ciertas, es decir, que Él es Dios y lo sabe todo, y que, siendo hombre, se encuentra en el estado propio del hombre, y que a este estado propio del hombre se refieren las palabras «ni el Hijo»? Si este profundo misterio nos afectara más profundamente, ¿no desaparecerían las dificultades? Se dice: "¿Por qué habría de ser increíble que Dios resucitara a los muertos?". ¿No podemos aplicar lo mismo a este pasaje? ¿Por qué nosotros, su pueblo, habríamos de tener dificultades porque Él habla en su humanidad y dice: "Ni el Hijo"? En la divinidad no puede haber limitación alguna, mientras que en su humanidad existe aquello propio de la humanidad que asumió.

El corazón devoto no discrepa cuando se dice: Él es Supremo y a la vez siervo; Soberano y súbdito; Comandante y obediente. Si se pregunta cómo pueden coexistir características tan opuestas en la misma Persona, la respuesta es: no nos corresponde a nosotros dilucidar el "cómo", sino aceptar con corazones adoradores lo que el Espíritu Santo nos ha revelado acerca del santo misterio de la Encarnación de nuestro Señor. La verdad se encuentra ante nosotros en las Sagradas Escrituras: Jesucristo, el Hombre, es Emanuel, Dios con nosotros, y Él

tuvo sed, hambre y fatiga, en el mismo camino y servicio en que expulsó demonios, calmó la tempestad y resucitó a los muertos. Si, pues, en Él se manifestaban la gloriosa omnipotencia y omnipresencia, junto con la obediencia, la sumisión y la dependencia, ¿cómo no ver que la omnisciencia y la ignorancia también pueden coexistir en Él? Repetimos con mayor énfasis que, si estamos firmemente establecidos en la divinidad de nuestro Señor, ninguna dificultad real puede surgir.

Aquí, incluso el más sabio puede equivocarse. Constantemente surge la pregunta de cómo pueden coexistir en la misma Persona cosas tan opuestas y aparentemente contradictorias. Es como si pudiéramos rebajarlo a nuestro nivel y aplicarle las reglas de la lógica, como si estuviéramos dentro del ámbito del conocimiento humano. Mucho mejor es atenerse a las afirmaciones de las Escrituras sobre un tema tan importante y profundo. Los hombres se dedican a analizar lo que llaman las limitaciones de esa Bendita Persona, y muchos terminan cayendo en la heterodoxia. La menor desviación de la verdad expuesta en las Escrituras, como desviarse del camino en una mina de carbón, nos aleja cada vez más de la verdad hasta que caemos en alguna de las fantasías especulativas de la época.

Las Escrituras presentan a nuestro Señor en su Persona única, Dios y Hombre a la vez. Todos sus dichos y hechos brotaron de Él como tal. Es así como tenemos el privilegio de contemplarlo en plena capacidad mediadora, actuando para Dios y su gloria, siendo igual a Dios, y actuando para el hombre, habiéndose hecho hombre. Es así como se nos presenta la vasta extensión de la enseñanza y el servicio del Salvador, y estamos en nuestro lugar cuando aceptamos sin cuestionar lo que dice el Espíritu. «Venid a mí todos los que estáis trabajados», etc. (Mateo 11:28). Jesús se puso de pie y exclamó: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (Juan 7:37). «Yo soy la luz del mundo» (Juan 8:12), y «Yo soy el buen pastor» (Juan 10:11). Estos y muchos otros pasajes nos presentan a nuestro Señor como un hombre real, no por ello menos que Dios. Sin embargo, hay otras ocasiones en las que habla de forma abstracta en su divinidad, y otras en las que habla en su humanidad. «Nadie conoce al Hijo sino el Padre» (Mateo 11:27), «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10:30). Estos y otros pasajes lo presentan como deidad. «Dadme de beber» (Juan 4:7), «mostradme un denario» (Lucas 20:24). Estos pasajes también lo presentan hablando en su humanidad. El pasaje que tenemos ante nosotros en Marcos 13 pertenece a esta última categoría.

Hay una expresión en el versículo que requiere algunas palabras adicionales que pueden ayudar a aclarar la verdad para algunos. Es la palabra «Hijo». El término describe a nuestro Señor en su relación eterna con el Padre y el Espíritu Santo, en la Trinidad (Mateo 11:27). También se usa a veces para designarlo en la Encarnación, como, por ejemplo: «El Padre ama al Hijo y ha encomendado todas las cosas en sus manos» (Juan 3:35); «El Padre ama (philei) al Hijo y le muestra todo lo que Él mismo hace» (Juan 5:20). Asimismo, se usa en relación con su humanidad, y a esto se aplica el pasaje que estamos analizando. Es evidente que

lo que se predica de la Persona pertenece a su humanidad, pero ¿por qué se usa el término que lo describe en su eterna Persona en relación con lo propio de la humanidad? Tal dificultad es meramente imaginaria, pues el Espíritu que nos da las Escrituras es Soberano y tiene libertad para hablar de Él como conviene para la manifestación de su gloria.

Todo esto parece estar relacionado con un modo de actuar divino, al cual conviene prestar atención. Cuando el Señor habla de sí mismo como el Hijo del Hombre que está en el cielo, es claro que usa una designación humana para sí mismo, en una posición que le pertenece por derecho divino y eterna personalidad. Lo mismo puede decirse de sus palabras en Juan 6:62: "¿Y qué si vierais al Hijo del Hombre ascender adonde estaba antes?". El término Hijo del Hombre es un título que pertenece al tiempo; donde Él estaba antes expresa lo que Él era antes de ser hombre y, por lo tanto, divino. Ningún cristiano instruido tiene dificultad alguna con estos pasajes; es la propia manera en que la Escritura nos presenta a nuestro Señor, ¿y quien se atreverá a encontrar faltas o fallas?

¿Cuál es, entonces, la aplicación correcta de este principio a Marcos 13:32? ¿No es acaso que nuestro Señor habla de sí mismo en su humanidad y usa una designación en su propio derecho eterno como Hijo? «Pero de aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles que están en los cielos, ni el Hijo, sino solo el Padre». El contexto mismo de la página lo demuestra, pues ¿Quién sino Dios podría decir lo que nuestro Señor dice aquí en la misma frase «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»?

Que en todo esto no hay más que la clara intención de las Escrituras se puede ver en 1 Corintios 15:28. El pasaje se encuentra entre paréntesis (v.20-28), donde el Espíritu traza, por así decirlo, una línea desde la resurrección de Cristo hasta el día eterno de Dios, y puede citarse de la versión común. «Pero cuando todas las cosas le sean sujetadas, entonces el Hijo mismo también se sujetará a Aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos». Ningún cristiano instruido infiere de la mención de la sujeción del Hijo en este pasaje que, por el hecho de que Él continúe siendo Hombre por toda la eternidad, a la cual se aplica dicha sujeción, haya renunciado a su divinidad. Tan solo pensarlo es una afrenta. ¿Cómo podría el Dios inmutable ser alguna vez menos que Dios? ¿Por qué, entonces, los hombres hablan de limitaciones en su Persona, buscando analizar y diseccionar en un ámbito que, por la naturaleza misma de las cosas, debe estar siempre más allá de la criatura?

Sin duda, lo que se aplica al pasaje de Corintios tiene el mismo significado en Marcos. Es más, esta misma línea de interpretación ha estado presente a lo largo de los siglos, principalmente en relación con la Primera Epístola de Juan, donde es bien sabido que el Espíritu trasciende todas las reglas gramaticales al usar los Nombres Divinos. Pero ¿quién puede cuestionar el derecho de Dios a hablar como Él quiera? ¿Qué son la razón, la gramática o la lógica para Aquel que es el Autor de la Vida? Hacemos bien, pues, en prestar atención a lo que dice el Espíritu. Él puede hablar del Señor o incluso mostrarnos al Señor hablando de

sí mismo en una naturaleza, mientras que lo que se dice se aplica a otra, sin que tengamos motivo alguno para aventurarnos en terreno indebido ni para hacer afirmaciones insensatas sobre nuestro Señor, que sólo revelan el funcionamiento de la mente y nos exponen a los engañosos ataques de ese enemigo que, a lo largo de los siglos, se ha dedicado a atacar a nuestro Señor Jesucristo.

Preferimos, pues, tomar las Escrituras tal como están escritas y detenernos donde terminan. A quienes insisten en hablar de limitaciones en ese Ser glorioso que es Dios sobre todas las cosas, Todopoderoso en todo sentido de la palabra, y sin embargo un Hombre real que se humilló hasta derramar su sangre y morir, les decimos que no. No podemos, no nos atrevemos a seguirlos hasta ahí. Su prerrogativa es primordial, su honor supremo, Él es el Alfa y la Omega, Señor Dios Todopoderoso, el que es, el que era y el que ha de venir. En el Evangelio de Juan, Natanael lo reconoce como tal al principio y Tomás lo reconoce al final, mientras que entretanto pidió de beber a una mujer pobre (Juan 4) y pronunció las mismas palabras que le fueron dadas para decir, cumpliendo así las órdenes de Otro (Juan 12:49-50).

Perfecto en la humanidad que asumió, lo adoramos: «Hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió al Hijo», y decimos con otros: «Este es nuestro Dios», y con la reina que visitó a Salomón: «Aún no se ha contado ni la mitad» (Isaías 25:9; 1 Reyes 10:7).

El misterio de la Encarnación no podemos, no nos atrevemos a penetrar, pero podemos adorarlo. Si bien Dios no tiene límites, el hombre no es deificado y todo está tan perfectamente equilibrado que satisface cada deseo del corazón de Dios con respecto a cada aspecto de la creación en relación con el Consejo, la Redención, el Gobierno y la Gloria en esa Única Persona. En el plano divino se manifiesta toda la plenitud moral de Dios, mientras que en el plano de la creación se garantiza una respuesta perfecta en virtud de su Humanidad. La satisfacción, la paz, el gozo y la alegría impregnarán todo para el deleite de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo por siempre jamás.

James McBroom